

Rehabilitación del Convento de Santo Domingo de Cartagena de Indias

Luis Villanueva Cerezo, arquitecto, Experto Coordinador del Programa de Patrimonio - AECI

Antecedentes

En el año 1552 un pavoroso incendio arrasó la ciudad de Cartagena de Indias. La mayor parte de su caserío, todavía cubierto de palma, fue diezmada junto a otras edificaciones más notables como la primitiva Catedral y el Convento de Santo Domingo, situado por esas fechas en la Plaza de la Yerba, muy cerca de los primeros muelles.

En ese mismo año, el príncipe Don Felipe recibía la primera traducción al castellano realizada por Francisco de Villalpando, del libro Tercero de Serlio dedicado a la antigüedad y del Cuarto dedicado a los órdenes. Años más tarde y por designio real, el arquitecto Juan de Herrera se puso al frente de la construcción del Monasterio del Escorial (1567). Mientras se culminaban las obras, Herrera realizó trazas excelentes para la Catedral de Valladolid y daba inicio en Sevilla a la construcción de la Casa de la Lonja, actual sede del Archivo General de Indias. El Clasicismo imperaba por tanto en la corte filipina y se extendía por la península especialmente por la meseta norte, donde trabajaron figuras tan destacadas como Juan de Nates, Pedro de Mazuecos el Mozo, Juan del Ribero Rada, Diego de Praves, Pedro de Tolosa y Francisco de Mora, entre otros.

Mientras tanto al otro lado del Océano, los maestros de obras no eran ajenos a lo que acontecía en la metrópoli. En su memoria habían llevado el predominio de los órdenes y probablemente algún compendio de ilustraciones viajó en la Armada de Galeones hasta su destino final, una ciudad floreciente llamada Cartagena de Indias. Poco a poco la urbe resurgía de sus cenizas. Las nuevas edificaciones se levantaban, ahora sí, con materiales sólidos y duraderos y en ellas se incorporaban portadas, balaustres, cornisas y capiteles, siguiendo las reglas clásicas de los Tratados italianos. Si la arquitectura doméstica tomaba como referencia elementos de la culta, las órdenes religiosas lo hicieron con mayor motivo, pues la Iglesia de la Contrarreforma había asumido como propia la severidad formal del mundo clásico.

El primer templo que se construye en Cartagena de Indias después del incendio es la Catedral. Se cuestionó por su ubicación y también porque no era de fábrica sino de tablas, lo que seguramente daba a la construcción un aspecto provisional. Finalmente se propuso a un reducido grupo de maestros de obras que presentaran nuevas trazas para un lugar más apropiado, en una plaza y frente al Cabildo. Simón González fue el elegido iniciándose las obras hacia el año 1575, bajo el mandato diocesano del obispo Fray Dionisio de los Santos y siendo gobernador D. Pedro Fernández de Busto, verdadero impulsor de la reconstrucción de Cartagena de Indias. De tres naves separadas por arcaadas imponentes, es en la portada principal donde mejor se aprecian las primeras influencias que en la ciudad tuvo el Renacimiento, llamando la atención su entablamento discontinuo y la convexidad del friso, recurso palladiano que ya utilizó Hernán Ruiz el Mozo en la portada de la Iglesia del Hospital de la Sangre de Sevilla, el mismo Herrera en la Lonja de esa ciudad y Ribero Rada en el Claustro

Procesional del Monasterio de San Benito el Real de Valladolid. Esa licencia formal también se puede observar en la portada de la Iglesia de Santo Domingo de Cartagena de Indias.

El Convento de Santo Domingo

La Orden de Predicadores tuvo desde el primer momento un notable protagonismo en Cartagena de Indias. El primer obispo, Fray Tomás de Toro, era dominico al igual que el convento más antiguo de la ciudad, el cual se fundó bajo la advocación de San José, una vez recibida la licencia del rey Carlos V. Se ha mencionado que el primer convento estaba situado en la Plaza de la Yerba, la actual Plaza de los Coches. Contaba en sus inicios con iglesia y vivienda para religiosos. Como el resto de las edificaciones que por aquella época se levantaban, su construcción debió ser de bahareque, madera y palma. A pesar de las mejoras que se hicieron, el convento sucumbió en el incendio que asoló la ciudad.

La nueva construcción se llevó a cabo en otro lugar, gracias a la donación de un gran solar cercano a la Plaza Mayor. Según noticias del Gobernador Fernández de Busto, en el año 1579 ya se habían iniciado las obras. Posiblemente en ella participó Simón González, el mismo que había realizado trazas para la Catedral de Cartagena de Indias. El ritmo de los trabajos fue lento por las penurias económicas, aumentando la demora la necesidad de construir refuerzos estructurales en la iglesia y la destrucción ocasionada por el asalto de ejércitos y corsarios. Lo cierto es que las obras del claustro concluyeron en el siglo XVIII.

Por su situación estratégica el convento con cierta frecuencia se transformaba en cuartel. Así, en el año 1740 acogió 600 soldados del Regimiento de Aragón, ante un inminente ataque de la armada inglesa. Sucesivamente otros ejércitos reales se instalaron en el claustro, llegando a construir nuevas edificaciones militares y haciendo desaparecer para ello las huertas del convento. La Curia Episcopal se hizo cargo del edificio al quedar suprimido el dominio de los dominicos (1832). El claustro se convirtió en seminario pasando éste por muchas vicisitudes, hasta que en el año 1995 se traslada a una nueva sede quedando el antiguo convento desocupado.

Descripción arquitectónica

La Iglesia de Santo Domingo se caracteriza por la sobriedad de su arquitectura. Su traza se aleja del esquema basilical de la Catedral de Cartagena, al sustituir la columna por un soporte mural con arcos de medio punto, lo que acentúa el predominio de la nave central sobre las laterales. La cubrición ya no es una armadura de madera sino abovedada y el cuadrado del crucero se corona con una bóveda vaída, cerramiento utilizado con frecuencia en el foco clasicista castellano. Solamente la cabecera ochavada recuerda a la Catedral y a otros templos americanos construidos anteriormente, como en la ciudad de Santo Domingo su Catedral y la propia iglesia conventual de los dominicos. El interior del templo es por tanto la expresión de un nuevo concepto espacial que abandona los esquemas medievales para introducir en Cartagena de Indias el ideario arquitectónico de la Contrarreforma. Sin embargo la tecnología aplicada en su construcción pertenecía más bien a una etapa experimental, dando como resultado el “rendimiento” de la bóveda y por consiguiente la necesidad de reforzar con pilastras y arcos fajones la nave central y con estribos (contrafuertes) de gran tamaño el muro exterior (1630). Todo ello da un carácter arcaico a un espacio que aspiraba a lo moderno. La Iglesia de Santo Domingo se considera entonces como una incursión en las tendencias renacentes de la segunda mitad del siglo XVI, que se culmina en la ciudad con la construcción de la Iglesia de la Compañía de Jesús en el siglo XVIII.

Los muros externos del convento no son ortogonales por ajustarse a un trazado urbano irregular con manzanas trapezoidales y de tamaño desigual. Consecuencia de ello es el apreciable giro de la torre campanario respecto de la fachada principal. En la portada de la iglesia, toda ella de piedra, se manifiesta la influencia clasicista. Su cuerpo inferior mantiene la trama rítmica albertiana y en el superior, de menor altura, se pierde la correspondencia vertical de las columnas al separarse para alojar sendos vanos que flanquean un nicho con la escultura del santo.

La portería del convento da continuidad al paramento de la fachada principal de la iglesia. A través de su portada ornamentada con los símbolos de la Orden, se accede al claustro cuya singularidad consiste en tener dobles crujías en los lados norte y este, al haberse construido en sus patios circundantes espacios accesorios de uso comercial. La mayoría de los claustros cartageneros se caracterizan por tener fustes cilíndricos de piedra como soportes. Sin embargo el claustro de Santo Domingo, de construcción más tardía, presenta en sus dos niveles de arcadas un sistema apilastroado de fábrica de ladrillo, más acorde con la concepción arquitectónica de la propia iglesia. Esta disposición de pilastra, soporte y arco, que ya utilizó Bramante en el claustro romano de Santa María de la Paz, tiene en Cartagena de Indias otros ejemplos como la fachada de la antigua sede del Cabildo, hoy Palacio de la Gobernación y el claustro de la Compañía de Jesús. Precisamente de la fachada del Cabildo se conoce un plano (1677) que contribuye a explicar la evolución del soporte en Cartagena de Indias. En el patio del claustro, cuatro almendros centenarios filtran la luz dando así una especial dimensión al monumento.

La crujía oeste del convento, por su proximidad al mar Caribe, era la más expuesta a las balas de cañón de las embarcaciones enemigas, lo que debió agudizar el deterioro por la falta de recursos para mantenimiento y por el uso inadecuado de sus espacios. Lo cierto es que durante el primer tercio del siglo XX, la crujía oeste fue demolida en su mayor parte y sustituida con escaso criterio por una nueva con estructura de hormigón armado.

El convenio

El Programa de Patrimonio de la Cooperación Española ha realizado en Colombia numerosas intervenciones, haciendo su presencia más relevante en las ciudades de Cartagena de Indias, Popayán, Bogotá y Santa Cruz de Mompox. Una de las obras más importantes realizada en este país fue generada mediante un convenio entre la Arquidiócesis de Cartagena de Indias y la Agencia Española de Cooperación Internacional, con el objetivo de convertir el Convento de Santo Domingo en la nueva sede del Centro de Formación. La generosidad espacial del claustro, unida a su carácter monumental, fue el aspecto decisivo que posibilitó el acuerdo interinstitucional para llevar a cabo su rehabilitación. Hasta ese momento las actividades académicas se venían desarrollando en una casa colonial situada en la calle Don Sancho, de gran encanto pero con limitaciones espaciales que hacían inviable dar una respuesta adecuada a las numerosas propuestas recibidas de instituciones españolas, interesadas en organizar seminarios internacionales dirigidos especialmente a la formación de recursos humanos, al ser ésta una de las formas más eficaces de ayuda al desarrollo económico y social. El nuevo Centro de Formación se ha constituido por lo tanto en un foro privilegiado para el encuentro, la reflexión y el intercambio de experiencias entre funcionarios y técnicos iberoamericanos. El programa académico se complementa con actividades culturales que favorecen la integración entre los asistentes a los diferentes cursos y el acercamiento al claustro de los habitantes de la ciudad.

La recuperación del claustro

Arqueología

El estudio arqueológico realizado en el claustro de Santo Domingo dio cuenta de las características estructurales del edificio, de los cambios efectuados en el monumento a lo largo del tiempo y también sobre los residentes, especialmente sobre la comunidad de los dominicos. Para su elaboración se contrastaron tres fuentes de información: estudios históricos, secuencia estratigráfica y materiales culturales.

A pesar de las dificultades generadas por el nivel freático, se llevó a cabo el plan de excavaciones establecido con la participación del departamento de Arqueología de la Universidad del Norte. El análisis de las secuencias estratigráficas diferenció dos grandes períodos de intervención, relacionados con las etapas de la construcción del convento (siglos XVI-XVII-XVIII) y con las modificaciones posteriores reflejadas en los estratos más superficiales (siglos XIX-XX). Los materiales culturales hallados en las diferentes exploraciones, en especial la cerámica, han servido de indicadores para evaluar los planteamientos cronológicos del sitio. Cerámicas prehispánicas que tuvieron continuidad en su producción durante la colonia y cerámicas procedentes de grandes centros de producción localizados en España y México (período colonial) e Inglaterra (período republicano). También hay que destacar la producción local, especialmente la realizada en la Hacienda San Bernabé, situada en la isla de Tierrabomba y propiedad de la Compañía de Jesús. Otro hallazgo fue el descubrimiento de numerosas tinajas utilizadas para aligerar el relleno del piso sobre las esquinas de las bóvedas que cubren la portería y la capilla más próxima a la torre campanario.

Cartagena de Indias fue uno de los principales focos epidemiológicos durante la colonia al estar situada en una zona geográfica y climática propicia para la diseminación de enfermedades tropicales. Además como ciudad portuaria recibía todo tipo de pasajeros que podían introducir cualquier mal contagioso. Durante los períodos colonial y republicano se desataron varias epidemias relacionadas con la viruela, el tífus, la fiebre amarilla y la disentería. Víctimas de alguna de ellas debieron ser los cuerpos enterrados, todos ellos de corta edad, cuyos restos se descubrieron en el corredor sur del claustro. Así se dedujo por las características de los enterramientos y por las aportaciones de un estudio bioantropológico sobre el estado de conservación, incluyendo además descripciones morfológicas, estimaciones de sexo y edad, observaciones paleopatológicas y un análisis del material arqueológico asociado.

Estado previo

Antes de la intervención el claustro mantenía su estructura colonial a excepción del ala oeste reemplazada por otra de hormigón y del corredor alto, donde la vigería de madera se cambió por una sucesión de bóvedas. La alteración de vanos era también evidente en el corredor alto al haberse sustituido por arcos, las puertas adinteladas de acceso a los salones principales.

Se llevaron a cabo análisis de los materiales antiguos constituyendo uno de los principales estudios preliminares, al dar conocimiento de su composición y estado de conservación. También se elaboraron estudios geotécnicos, fitosanitarios y de vulnerabilidad sísmica, permitiendo así elaborar un diagnóstico preciso y recomendaciones para su conservación.

La estructura muraria, formada en su mayor parte por una composición mixta de ladrillo y piedra ligados con argamasa, se encontraba en buen estado salvo algunas zonas afectadas por humedades. La cimentación, de piedra coralina, no presentaba degradaciones a pesar de la antigüedad. Las arca- das del claustro, de fábrica de ladrillo con detalles de piedra en bases y capiteles de pilastras, pre-

sentaban en la zona norte un ligero desplome por empuje de la cubierta. En cuanto a los revestimientos se detectó a través de las exploraciones estratigráficas una sustitución generalizada de los pañetes de cal por morteros de cemento y por consiguiente la pérdida de la decoración pictórica sobre los muros. El patio tenía un piso de baldosa cerámica vitrificada colocada sobre un relleno heterogéneo compuesto por escombros y arena sin adecuada compactación, presentando por ello desniveles y fracturas.

Los estudios fitosanitarios realizados para determinar el estado de las estructuras de madera sirvieron para verificar que la mayor parte de los elementos estaban dañados por la humedad y por el ataque de xilófagos. Las armaduras de cubierta presentaban secciones o uniones inadecuadas. Su cubrición era de tejas rectangulares cerámicas y de cemento, traídas de Europa por la Diócesis a principios del siglo XX.

El ala oeste sobresalía del resto del edificio y se cubría con láminas de eternit (fibrocemento). Su estructura de hormigón estaba muy deteriorada por la oxidación general de sus refuerzos, provocando por efecto de la corrosión, la expansión del acero y desprendimientos.

La intervención

El convento, privado durante años de funcionalidad, presentaba antes de la intervención un generalizado deterioro. La rehabilitación ha tenido por tanto un doble alcance. La recuperación física del edificio y su reutilización dando respuesta a las nuevas necesidades y anteponiendo siempre un principio fundamental: La compatibilidad entre el uso asignado y la pervivencia de los valores principales del monumento. Para ello se hizo una valoración partiendo de su concepción inicial y considerando la complejidad generada por las intervenciones realizadas a lo largo del tiempo. En este sentido se mantuvieron algunas transformaciones tanto constructivas como funcionales por entender que no era razonable su reversión. Tal es el caso de la estructura del corredor alto, donde el resultado de la sustitución de la estructura de madera, si bien había restado autenticidad al monumento, constituía una intervención equilibrada al establecerse una correspondencia entre las bóvedas construidas y las arcadas del claustro. El estado aceptable de la estructura existente y el alcance de la operación requerida para la recuperación del sistema constructivo original fueron factores determinantes que favorecieron la consolidación de la estructura abovedada.

La construcción de crujeas adosadas sobre los patios circundantes de las fachadas norte y este había traído consigo el oscurecimiento de los salones principales. Por ello tampoco se consideró la recuperación de las puertas dinteladas del corredor alto, debido a que la apertura de arcos en su lugar favorecía la iluminación natural de esos espacios.

Otras alteraciones fueron ampliamente cuestionadas y por lo tanto corregidas. De carácter constructivo era la sustitución generalizada en la estructura muraria del revestimiento de cal aplicando mortero de cemento, produciendo así una especie de encamisado superficial que impedía la transpiración necesaria para controlar la humedad ascendente por capilaridad, generada por la cercanía del mar y la inapreciable elevación del terreno sobre el que se construyó el convento. Se decidió por tanto la retirada del mortero de cemento y la aplicación general sobre los muros de un pañete de cal. Otra de las consecuencias negativas del cambio de revestimiento fue la pérdida de la pintura mural que seguramente cubría buena parte de los muros del convento. Apenas se localizaron algunos fragmentos de la decoración pictórica, los cuales fueron consolidados realizando finalmente la presentación estética con pigmentos naturales.

Importante fue la decisión tomada sobre la crujía oeste, al resultar negativas las valoraciones sobre su viabilidad como parte del convento, no solamente por el mal estado de su estructura, sino

también por su inadecuada concepción espacial. Efectivamente, la consecuencia de la lamentable desaparición del ala colonial que cerraba el convento por oriente fue la construcción de un edificio ajeno al resto del claustro. En este sentido era significativa la acusada diferencia de niveles entre los espacios interiores y el corredor. La negación de esa comunicación, y la presencia de nuevos corredores al otro lado de los salones, confirmaba que la construcción se había concebido para tener un funcionamiento autónomo e independiente del resto del convento. Por todo ello se consideró inapropiada la conservación de la crujía construida en el ala oeste y prioritaria la recuperación de la unidad volumétrica, espacial y funcional del claustro, para lo cual fue necesario llevar a cabo la demolición de la estructura contemporánea y la construcción de una nueva, restituyendo así la coherencia interna del monumento.

La intervención se ha basado por lo tanto en el respeto a la obra original, asumiendo transformaciones, corrigiendo alteraciones y acomodando la distribución funcional a los espacios existentes. Otro de los criterios adoptados fue armonizar el diseño contemporáneo utilizado para la adecuación de espacios, con la arquitectura del monumento y sus sistemas constructivos tradicionales.

La doble dimensión, académica y cultural del Centro de Formación, se hizo corresponder con los niveles principales del claustro. Por una parte las actividades culturales requerían espacios más accesibles ocupando por ello la planta baja, al considerar además que el patio podía ofrecer un excelente marco para eventos abiertos al público. La sala de exposiciones, próxima a la antigua portería, una biblioteca y el restaurante ocupan los salones principales de ese nivel. La posibilidad de ampliar esas actividades se consideró como una alternativa válida por la amplitud de los corredores. Un pequeño centro de interpretación, creado en un lugar sugerente bajo la escalera principal, explica la historia del convento, sus características arquitectónicas y el alcance de la intervención para que el visitante se identifique con el sitio.

En un Centro de Formación la actividad académica constituye el núcleo principal de su programación, siendo idóneo por ello el segundo nivel al tener mayor área disponible y más privacidad. Salas de seminarios de diferente capacidad, salas de comisiones y de juntas, amplios salones polivalentes, oficinas, archivos..., se organizan alrededor del corredor alto, convirtiéndose éste en lugar idóneo para el debate informal y el esparcimiento de los asistentes a los diferentes cursos.

Para conseguir un óptimo funcionamiento en todas las áreas hubo que dar respuesta a numerosos requerimientos técnicos incorporando todo tipo de instalaciones especiales como si de un edificio contemporáneo se tratara y sin menoscabar el carácter del monumento, constituyendo éste un reto superado gracias a la participación de un equipo interdisciplinar que se ha ido renovando durante el proceso en función de las necesidades. Historiadores, arqueólogos, arquitectos, ingenieros y restauradores han aportado sus conocimientos e intercambiado experiencias procurando las soluciones más idóneas. En este sentido la oportuna flexibilidad aplicada durante la intervención a las propuestas arquitectónicas de partida ha permitido enriquecer el resultado final.

La Escuela Taller

En la rehabilitación del Convento de Santo Domingo ha participado la Escuela Taller Cartagena de Indias, entidad reconocida por su larga trayectoria formando jóvenes de escasos recursos económicos en oficios tradicionales y por su intervención en obras de gran alcance como las restauraciones del antiguo Colegio de la Compañía de Jesús, actual Museo Naval del Caribe, de la antigua Casa de la Moneda y del Teatro Heredia.

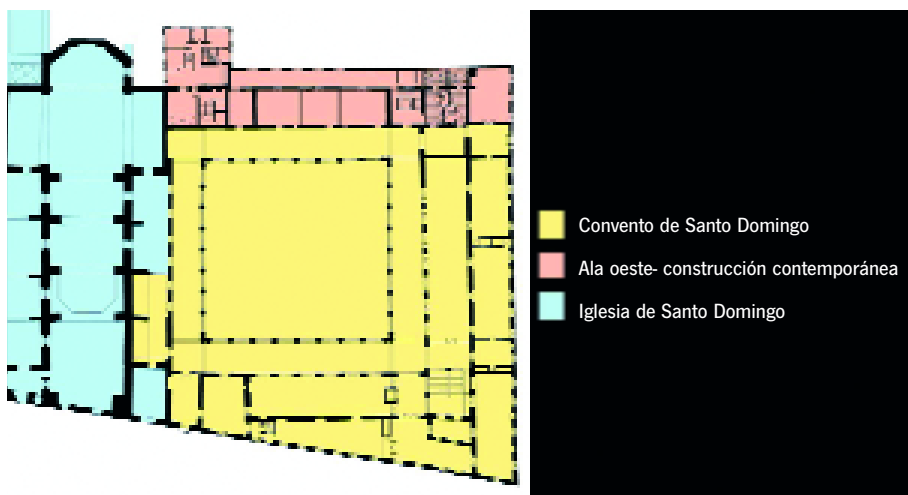
La Escuela Taller, de acuerdo con lo establecido en el convenio, tuvo un importante desempeño en el proceso de restauración del Convento de Santo Domingo. Durante los tres años que han dura-

do las obras, los aprendices llevaron a cabo sus prácticas en el claustro guiados por sus maestros de oficios. Además un número significativo de jóvenes graduados en la Escuela Taller, organizados en microempresas, han participado en la restauración aplicando técnicas artesanales y restituyendo sistemas constructivos tradicionales, preservando de esta manera la identidad del monumento.

La envergadura de la intervención, más de 11.000 m² construidos, requirió de la Escuela Taller un esfuerzo excepcional de organización y trabajo. Se llevaron a cabo consolidaciones en muros mediante inyecciones con argamasa. Se restituyeron las estructuras de madera en cubiertas partiendo de los sistemas tradicionales: armaduras de par y nudillo con almizate sobre las crujeas principales y ladrillo tipo panela sobre viguería de madera en azoteas y terrazas. La cubrición sobre armaduras se realizó con teja “árabe”. Los alfarjes también se restituyeron en su mayor parte con vigas recias de guayacán y tablazón de ceiba. Los elementos de madera sustituidos fueron reutilizados como dinteles y barandas. De los muros se retiró el enfoscado de cemento aplicándose revoco y pintura a la cal. En cuanto al color se utilizaron tonalidades ocres agregando pigmentos minerales, a excepción del blanco en las arcadas. Los pisos se ejecutaron en la mayor parte de los salones y en los corredores con ladrillo tipo tolete colocado como es tradición en “espina de pescado”. Se elaboraron rejas y carpinterías de madera para los vanos. La portada de piedra y el portón de acceso fueron restaurados. De esta manera la Escuela Taller ha contribuido a la recuperación de uno de los monumentos más importantes de Cartagena de Indias.

Bibliografía

- ARISTIZÁBAL, T. *Iglesias, conventos y hospitales en Cartagena colonial*. Banco de la República. Bogotá: El Áncora Editores, 1998
- BUSTAMANTE, A. *La arquitectura clasicista del foco vallisoletano (1541-1631)*. Valladolid: Institución Cultural Simancas, 1981
- DÍAZ C. y VIDAL A. *Historias desde el Convento: La Arqueología y la reconstrucción de la muerte en el monasterio de Santo Domingo de Cartagena de Indias*. Barranquilla: Universidad del Norte, 2003
- MARCO DORTA, E. *Cartagena de Indias, Puerto y Plaza Fuerte*. Bogotá: Fondo Cultural Cafetero, 1960
- RIVERA, J. *Juan Bautista de Toledo y Felipe II*. Valladolid: Universidad, 1984
- SALCEDO, J. *Urbanismo Hispano Americano. Siglos XVI, XVII y XVIII*. Bogotá: Centro Editorial Javeriano, CEJA, 1994



Plano del Convento de Santo Domingo (planta). Fuente: Proyecto de rehabilitación del Convento de Santo Domingo de Cartagena de Indias



Biblioteca del Centro de Formación. Fuente: Proyecto de rehabilitación del Convento de Santo Domingo de Cartagena de Indias



Salón del Rey. Fuente: Proyecto de rehabilitación del Convento de Santo Domingo de Cartagena de Indias



Aprendices de la Escuela Taller, elaborando rejas de madera par el Claustro. Fuente: Proyecto de rehabilitación del Convento de Santo Domingo de Cartagena de Indias